

BAUMGARTNER
JOSÉ WOLDENBERG

KÄTHE K. MATERNIDAD Y DOLOR
VEKA DUNCAN

LINO NAVA (1968-2024)

NÚM. 450 SÁBADO 11.05.24

El Cultural

[SUPLEMENTO DE **LA RAZÓN** • NUEVA ÉPOCA]

EL MONO DE OBSIDIANA

BIBIANA CAMACHO

ACRÓSTICO
PARA CARLOS FUENTES

FLORENCE OLIVIER

CINCO POEMAS
DE A.E. QUINTERO

NERVADURAS
DEL OMNIVERSO.
MIGUEL PERAZA

NORMA SALAZAR



Arte digital > A partir de una fotografía de León Felipe Chargoy de la escultura *Escenas del parque* publicada en *Crisol de sueños*. Esculturas de Miguel Peraza. > Mónica Pérez > **La Razón**

Autora de tres libros de relatos singulares por su tono, su atmósfera y sus personajes poco comunes como Tu ropa en mi armario, La sonámbula y Jaulas vacías, Bibiana Camacho da vida en este cuento que ofrecemos a los lectores a un objeto mineral, un "regalo" indeseado que viaja de mano en mano de abuela a madre y de madre a hija. Un mono que puede convocar las peores pesadillas, las peores carcajadas, el mejor de los alivios.



EL MONO DE OBSIDIANA

BIBIANA CAMACHO

@bibianacama

Sigo las instrucciones de mamá al pie de la letra. Tacho una a una las tareas encomendadas. Tiro alimentos perecederos a la basura, acomodo los no perecederos en cajas y los dono a la escuela-internado cercana. Empaco en cajas rotuladas objetos que podrían ser aprovechados por los de la basura o algún vecino curioso. Dono la ropa y zapatos que mamá no se llevó a un albergue para indigentes. Remato los muebles de acuerdo a sus indicaciones y deposito el dinero de la venta en su cuenta bancaria. Dejo para el final lo más delicado. Le envío la foto del espantoso mono de obsidiana que ha perseguido a la familia durante generaciones. Espero que me diga lo que debo hacer con él. Podría simplemente botarlo en la basura, pero no me atrevo. La respuesta evasiva de mamá: "Era de tu abuela".

Recuerdo a ese mono al lado de la mecedora en la recámara de la abuela, que afirmaba que su marido lo había traído de un viaje cuyo destino nadie conocía. El abuelo ya no estaba para preguntarle. Los tíos decían que había pertenecido a la madre del abuelo,

otros que lo había mandado a hacer a un artesano de su pueblo y otros que seguro lo habría comprado a algún vendedor ambulante de cantinas.

Mamá odiaba al mono. Era de piedra mineral. Su cuerpo estaba sentado en postura de buda, tenía la cabeza demasiado grande, vacíos ojos saltones y boca trompuda torcida en una mueca de desprecio.

El único regalo que me hizo la abuela en toda su vida fue precisamente ese mono de obsidiana, el día que cumplí nueve años. Rompimos una piñata, me cantaron las mañanitas, apagué las velas, un tío me hundió la cara en el pastel y al final abrí los regalos. Ropa, patines, plumas de colores, un libro de cocina para niños y al final... Ya le había echado ojo a esa caja rectangular como de treinta centímetros forrada con un papel imitación terciopelo anaranjado y un gran moño transparente. Imaginé muchas cosas: una lámpara de noche, las botas vaqueras que tanto anhelaba, una pecera, el libro pop-up de casas embrujadas, ¿qué podría ser? Cuando papá me pasó la caja, dijo: "De la abuela". Todos la miramos sorprendidos, la

abuela no solía obsequiar regalos y odiaba las fiestas de cumpleaños. Me quedé un momento sin saber qué hacer y balbucí un cohibido "Gracias". Todos cantaron a coro: "Que lo abra, que lo abra...". Quité el moño con cuidado, luego busqué el diurex para desmenuarlo cuidadosamente. La familia gritaba cada vez con más ahínco y yo, sudorosa y ansiosa, terminé por rasgar el papel. Me encontré con una caja de cartón cubierta de varias capas de cinta transparente para embalar. Alguien me acercó unas tijeras, pero mis movimientos eran torpes. El mismo tío que hundió mi cara en el pastel me las arrebató, destazó la caja y el papel burbuja que envolvían el misterioso contenido: el mono de obsidiana. Luego de un breve silencio, todos soltaron una carcajada y aplaudieron. ¿Acaso era un chiste?

En el camino de regreso a casa, mientras papá manejaba, mamá dijo muy seria: "Puedes tirar ese horrible mono en cuanto lleguemos a casa". Papá me echó un vistazo por el retrovisor. Seguramente a él también le pareció muy extraño que mamá, que le hablaba de usted a la abuela y que era incapaz de llevarle la contraria, me

El Cultural
[SUPLEMENTO DE LA RAZÓN]

Roberto Diego Ortega †
Fundador

Delia Juárez G.
Directora

Mariana Ruiz Montell
Editora
@marianamontell

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrian Castillo
Coordinador de diseño • Carlos Mora
Diseño • Paulina Hernández

X: @ElCulturalRazon

f Facebook: @ElCulturalLaRazon

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

Fuente > Crisol de Sueños



Línea telefónica. Fotografía de Alberto Moreno Guzmán.

diera permiso para deshacerme del esperpento. En cuanto llegamos, arrastré al mono hasta la esquina donde todos los vecinos depositaban la basura que se llevaría el camión a primera hora de la mañana.

Esa noche soñé con sus cuencas vacías fijas en mi rostro paralizado por el terror. La garra me aferraba con fuerza, sus dedos serpenteaban en mi estómago, sentía agobiantes cosquillas que me provocaban carcajadas histéricas ajenas a la alegría. Desperté sobresaltada, me levanté de golpe, me asomé a la ventana, pero desde ahí no distinguí a la horrenda figura entre bolsas y desperdicios.

La casa, que era de mis padres, se ocupará en pocos días. Sigo a la espera de las instrucciones para el mono, pero mamá permanece en silencio. Los nuevos propietarios ya tienen las llaves y la mudanza programada. No hay marcha atrás. Decido no hacer nada, que ellos hagan con él lo que mejor les parezca.

Al otro día recibo mensajes: "Tu abuela también me lo regaló a mí... Cuando me casé... Fue mi regalo de bodas". ¿Y entonces por qué la abuela lo tenía desde que yo recordaba?, ¿por qué jamás lo vi en la casa de mis papás?, ¿por qué lo presumía como el mejor recuerdo del abuelo?, ¿por qué me lo regaló y mi madre me permitió desecharlo? Y, sobre todo, ¿por qué estaba el mono en casa de mis padres? No le pregunto nada; la abuela ha muerto recientemente y mamá está destrozada.

"¿Qué quieres que haga?", pregunto intrigada con ganas de saber muchas cosas que no me dirá, porque mamá así es, se guarda cosas; cosas que según ella es mejor ni mencionar como si el simple hecho de callarlas las borrara.

Justo después de tirar mi regalo de cumpleaños, soñé con él. Dormía y me despertaba un jadeo insistente. Entrecerraba los ojos y percibía un asqueroso olor a sudor, cigarro y loción de naranjas rancias. El mono de obsidiana me

daba la espalda encorvada y voluminosa; de la enorme cabeza sobresalían las orejas que parecían asas de olla. De pronto giró y se paró frente a mí. Lloré, primero bajito y luego más fuerte. "¿Qué le haces a la niña?", preguntó mi abuelo al entrar en la habitación. "¡Nada, carajo, vine a buscar algo!", gritó mi tío. Sentía miedo y no paraba de llorar. "No pasa nada", me calmó el abuelo, "seguro tuviste una pesadilla", insistió. Pero yo lloré todavía más fuerte y escuché una voz furiosa: "Ni siquiera la toqué". Los ojos vacíos del mono me persiguieron mientras me levantaba y salía de la habitación.

Los días pasaban y el camión de la basura recogió todo menos el mono, que permaneció firme e imparable en la esquina hasta que al fin desapareció. Me preocupaba desconocer su destino y cuando le comenté a mamá, dijo: "No te preocupes, seguro regresa". Quise señalar que se había equivocado y dije: "Seguro *no* regresa, ¿verdad?" Resopló como si no valiera la pena contestarme.

Después de toda una vida y tras la reciente muerte de la abuela, mamá se muda de vuelta a la casita de interés social donde creció, en el barrio de Azcapotzalco, nada parecida a esas espectaculares casonas del porfiriato que todavía resisten en pie, medio en ruinas, pero majestuosas a su modo. La casa de la abuela —que forma parte de un fraccionamiento humilde y ruinoso— es pequeñita y sin chiste, como caja de zapatos, con mala orientación, jamás entra el sol directo y es muy fría. Por si fuera poco, la distribución es pésima, de modo que todo parece más pequeño: mini sala-comedor, la cocina es un pasillo estrecho y cochambroso, las dos habitaciones de arriba, separadas por un baño siempre húmedo. No entiendo por qué mamá deja su casa y se muda a la casa de la abuela.

Recibo un mensaje de mamá en la madrugada: "No te preocupes, seguro

regresa". Me levanto al baño, camino por el pasillo de mi departamento y abro una puerta, pero en lugar de llegar al baño, me encuentro en un pasillo largo con varias puertas a los costados. Con los ojos medio cerrados tanteo el muro y doy unos cuantos pasos. Estoy soñando, pienso divertida, y decido abrir una de esas misteriosas puertas. La primera no cede, la segunda tampoco, la tercera sí. Tengo que cerrar los ojos por completo porque la habitación está inundada de luz. Cuando logro acostumbrarme veo una cama con cabecera de latón junto a un ventanal. Ahí yacen la abuela y mamá, cubiertas por una pesada cobija de lana. Camino hacia atrás muy lentamente, tratando de no hacer ruido. Sudo y siento las manos temblorosas y un hervidero en el estómago. Recuerdo que estoy en un sueño y quiero despertar, pero no puedo. Antes de llegar a la puerta que me llevará al pasillo, veo el horrible mono de obsidiana en el buró. Entonces, las mujeres se alzan. Debajo de la pesada cobija sus piernas se mueven. Intentan levantarse, pero no pueden, se enredan y desesperan. Yo permanezco hipnotizada ante esa escena grotesca.

Mensaje de mamá: "¿Qué hiciste con el mono?"

Meses después de que el mono desapareciera de la esquina, justo cuando mi mente infantil lo había olvidado, mamá dijo al regresar de una visita a la abuela: "Qué crees, el mono de obsidiana está otra vez con la abuela. Tu tío Fabián lo encontró en el tianguis de chácharas que se pone ahí por las vías del tren. ¿Te acuerdas de que te gustaba ir a buscar piezas para tus muñecas rotas?"

La escuché con fingida calma y no dije nada. Aunque mamá desaprobaba mi manía de intercambiar cabezas y extremidades de mis muñecas rotas, me dejaba hacer porque me mantenía entretenida sin molestar ni hacer ruido. En el tianguis me movía con soltura entre los puestos de fierro viejo y chácharas. Hallaba brazos, cabezas, piernas, troncos que coleccionaba para armar lo que mi madre llamaba mis monstruos que no eran otra cosa que una representación de mí misma. ¿En serio apareció el mismo mono ahí?

"Por favor guárdalo", mensaje de mamá. "La casa ya está ocupada, me hubieras dicho antes", contesto. "Diles que por favor te dejen recoger algo que se te olvidó", insiste. Yo no tengo ganas de importunarlos. Además, ya hace una semana que se instalaron. No iré, aunque le aseguro a mamá que lo haré. "Mañana o pasado paso a tu casa por él", dice.

Estaba en el salón de matemáticas. La noche anterior apenas había dormido. Tenía mucho sueño y no lograba mantener los ojos abiertos. Di un cabezazo y lo vi por unos segundos sobre el pupitre: el mono mirándome con las cuencas de los ojos vacíos y sonrisa sátira. Me aparté de un salto. Escuché carcajadas y el maestro me sacó del salón. Las pesadillas con el mono de obsidiana se repitieron durante varios

“ANTES DE LLEGAR A LA PUERTA QUE ME LLEVARÁ AL PASILLO, VEO EL HORRIBLE MONO DE OBSIDIANA EN EL BURÓ. ENTONCES, LAS MUJERES SE ALZAN. DEBAJO DE LA PESADA COBIJA SUS PIERNAS SE MUEVEN.”

“RECOGEMOS LOS PEDAZOS, HACEMOS CUATRO MONTONES Y LOS METEMOS EN LAS BOLSAS.

MIRO LOS BULTOS, NO PUEDO CREER LO PEQUEÑOS QUE SON, ¿ESO ES TODO?, ¿AHÍ CABEN NUESTRAS PESADILLAS?”

años desde que la abuela me lo regaló, luego cada vez con menos frecuencia, sin desaparecer del todo.

“Voy en camino, ¿estarás ahí?” Contesto que sí. Le explicaré que no pienso importunar a los nuevos propietarios por el mono. Preparo varias veces mi discurso, mido las palabras, formo las frases, entono con pena y decisión, pero en el fondo estoy segura de que mamá armará un escándalo y no me quedará más remedio que tratar de recuperarlo.

De regreso del trabajo, cuando doy vuelta a la esquina, me estremezco al ver la caja a lo lejos, parece alguien hecho ovillo frente al portón del edificio. Sé lo que contiene la caja y sé que es para mí. Me agacho para ver si tiene una nota o algo, pero no encuentro nada. Está perfectamente embalada. Aliviada, me doy cuenta de que ya no necesito el discurso tan cuidadosamente preparado y ensayado. Subo la caja al departamento, me quito los zapatos y preparo tortas de jamón con queso; quizá mamá quiera cenar algo. A los pocos minutos suena el timbre. La observo con atención mientras camina de un lado a otro inspeccionando el lugar y pasando su dedo por las superficies con gesto reprobatorio. No quiere cenar nada. Se ve cansada y triste. Le señalo la caja.

—Ahí está.

No contesta ni la mira, entonces me preocupo.

—Mamá, ¿estás bien?

Hace un gesto con la mano para tranquilizarme, pero sólo logra angustiarme. Mamá siempre habla, no para, de la familia, de conocidos, de la abuela, de los vecinos.

—Mamá, ¿quieres un té?

Asiente con la cabeza y yo voy a la cocina, aliviada de no tener que verla en ese estado al menos por un momento.

—Ese mono es una maldición, pero supongo que tú ya lo sabes, ¿verdad? —permanezco callada con las tazas en una charola. Mamá mira la caja con atención—. ¿Por qué está tan forrado?, ni que fuera delicado —hace una pausa y mueve la cabeza a los costados examinando con detalle la caja—. Trae tijeras o un cuchillo.

Dejo las tazas en la mesita del comedor y le llevo un cuchillo. Mamá quita la cinta. ¿Y si no es el mono de obsidiana?, pienso. ¿Y si es una cabeza o partes de un cuerpo desmembrado? Y me paralizó. Por un lado, quiero detener a mamá, pero por el otro ansío saber lo que hay dentro.

—Ha estado con la familia demasiado tiempo. Y siempre ha regresado, por generaciones —mamá parece en trance, habla como para sí misma, en voz apenas audible.

—Listo, aquí estamos de nuevo —tiene al mono sobre sus piernas y sujeta los costados de la cabeza como si fuera un niño pequeño. Respiro aliviada, aterrorizada, cansada, fastidiada—. He soñado con este mono tantas veces desde que soy niña, ¿tú no? —nunca quiso escuchar mis pesadillas, siempre me apartó con disgusto. ¿Por qué me pregunta ahora? Supongo que algo quiere decirme y espero un momento, luego pregunto:

—¿Qué sueñas exactamente?

Sus ojos se ausentan como si estuviera en otro sitio. Una mueca entre el dolor y el asco le deforma el rostro.

—Ya no importa —Y luego de una pausa, agrega—. ¿Tienes martillo?

Voy a buscarlo en la caja de herramientas. Ya lo tengo en la mano, pero no sé si dárselo. Tengo miedo. Mamá está muy rara. De pronto caigo en la cuenta de que es una desconocida. Jamás hemos hablado como amigas, nunca nos hemos contado nuestras tristezas, pesares o alegrías. Somos mamá e hija porque así lo dispuso el azar, pero en realidad no sabemos quiénes somos.

—Apúrate con ese martillo —se lo doy. Mete al mono en la caja, la deposita en el suelo. Levanta la herramienta con ambas manos y da un golpe fuerte, luego otro y otro. Voy por otro martillo y entre las dos nos turnamos para golpearlo. Nos sincronizamos de manera natural: cuando ella golpea, yo tengo el arma en el aire y viceversa. Una peste a naranjas podridas inunda el ambiente. Terminamos sudorosas y sonrientes.

—¡Listo! —mamá jadea y deja caer el martillo—. Trae bolsas para basura.

Fuente • Crisol de Sueños



Andamios. Fotografía de León Felipe Chargoy.

Llevo cuatro bolsas negras, escoba y recogedor. No sé por qué me siento eufórica, me duelen las muñecas y tengo sed. Mamá suda, pero su semblante húmedo está tranquilo. Recogemos los pedazos, hacemos cuatro montones y los metemos en las bolsas. Miro los bultos, no puedo creer lo pequeños que son, ¿eso es todo?, ¿ahí caben nuestras pesadillas?

Mamá, como siempre ha sido su costumbre, barre meticulosamente debajo de todas las superficies. Bebemos té.

—Escúchame bien, vamos a tirar las bolsas en diferentes lugares. No podemos arriesgarnos.

—¿A que el mono regrese? ¡Ay, mamá! —su mirada temerosa y dura me silencia.

Salimos de casa a los pocos minutos cada una con dos bolsas amarradas. Tengo el presentimiento de que hemos matado y descuartizado a alguien. Dejamos la primera en el terreno baldío dos calles adelante; otra en la entrada del camión de la basura del mercado; otra al lado de una virgen en una esquina cuya imagen no evita que la gente acumule desechos, y la última se la llevará mamá para tirarla por sus rumbos.

Cuando se marcha me meto en la cama y me duermo de inmediato. La virgen en su altar rodeada de focos led abre los ojos y aparta su manto de estrellas: ahí está el mono de obsidiana, se le ve un poco maltrecho, pienso que de tanto golpe que le dimos mamá y yo. Veo todo desde otra dimensión, mi cuerpo no está ahí, pero de todos modos tiemblo, tengo miedo y abro la boca para gritar, pero la tengo seca y la lengua hinchada. Entonces la virgen deja caer el manto y sonrío. Me doy cuenta de que tiene el rostro de la abuela.

Semanas después, mamá me visita. En los últimos días hemos hablado mucho por teléfono. He escuchado con atención su proceso de adaptación a la vieja casa de la abuela. Siento que hemos logrado cierta intimidad y quiero preguntarle tantas cosas. También quiero decirle que hace meses no sueño con la mirada libidinosa del mono, que el olor a naranjas podridas se ha esfumado.

—¿Cómo te has sentido de regreso en la casa de la abuela?

—Bien. Segura.

—¿Segura, en serio?

—¿Por qué no iba a hablar en serio?

—¿Todavía sueñas con el mono? Porque yo...

Entonces me para en seco.

—Casi todo lo que uno dice que pasó, no pasó. La memoria es traicionera. ¿Entiendes? El mono de obsidiana no existió, eran cosas que contaba tu abuela.

La observo con atención, no estoy sorprendida. Sé que sus recuerdos son peores que los míos y que nunca vamos a hablar de ellos.

Hoy encontré un fragmento de obsidiana en un rincón de la sala. Lo recojo y sonrío. Se te fue mamá, pienso; el mono sí existió. Coloco el objeto en la mesa, al lado de florero. ■

Alfredo Espinosa Quintero, poeta de Culiacán, Sinaloa, firma como A. E. Quintero. Es autor de Los postigos de verano, Hacia el fondo de sus manos, El pequeño libro de la lluvia. Los poemas que ofrecemos en esta página son parte de la antología Porque a veces el corazón se siente como ir montado en un caballo (Poesía reunida 1996-2019), que publicó Editorial De Otro Tipo, un libro admirable, prácticamente desconocido.

PORQUE A VECES EL CORAZÓN SE SIENTE COMO IR MONTADO EN UN CABALLO

A. E. QUINTERO

HOY ME HE QUEDADO

haciéndole compañía al refrigerador.
Escuchando
el trabajo que le cuesta
funcionar, cumplir,
estar al día
con sus frías labores, con sus tareas congeladas.
Lo que se espera pues
de un refrigerador de cocina.

Y literalmente
tomé una silla y me puse en ella
a su lado. Y ahí estuvimos.
Quejándonos. Oyéndonos mutuamente
[funcionar, respirar.
Pensando en las cosas que deben congelarse
para que el mundo siga. En nuestras cosas,
supongo. En la vida
mecánica o no, eléctrica o no. Programada.
Lineal, independientemente de la curva, o el zigzag,
que marca en el monitor de pulso, el pulso.

Y ahí estuvimos
prestándonos dos horas de nuestro tiempo.
Sin conclusión alguna
respecto a nuestra última estancia
por seguir:
eso que es congelar lo que se lleva dentro.

EN ESTE RESTORÁN

morirá una muchacha embarazada
que está tomando té y fresas con crema.

A las cuatro de la tarde
morirá un niño que molesta a los que comen
en las mesas de junto. Morirá su avión de plástico
en su mano, sin soltarlo.

Una señora que ya ha visto el mundo
volverse una canica de metal. Morirá
contrariamente lejos de su mesa.
Y morirá el joven mesero
que aún huele a pasto y besos de parque tempranos

El primer día de trabajo
de la cocinera que quiere esmerarse
[en su primer día,
morirá al recibir la felicitación de los comensales.

Y morirán dos empleados de banco, dos secretarias
en su hora de comida, frente a la caja.
Y tres mujeres que llegan
a recordar sus años de estudio. Morirán,
como es la muerte, sin decir palabra.

En este restorán, a las cuatro de la tarde
no morirán los dos grupos de narcotraficantes
que principian el tiroteo.

EL TREN ERA DE BATERÍAS

y no mayor que una cajetilla de cigarrillos.

Pero era un tren
con vagones y todo; y un furgón
en el que padre ponía un cigarro encendido
a manera de humo
de tren.

Los dos niños sólo pensaban en verlo chocar.
Desrielarse todo.
Echarle alcohol y fuego
como a un ciempiés. Que crujiera
como los leños de una chimenea
por la que nunca bajó alguien mejor que mi padre,
ni mi padre.

La luz permanecía despierta. Fumaba
y echaba el monóxido de carbono en aquel tren
que envejeció ese mismo día.

NOS LEVANTÁBAMOS TEMPRANO

para ir a la feria.
Mi cuerpo siempre despertaba antes que yo.
Lo sigue haciendo.

Pero ese día algo pasó en la casa del terror.
El tiempo
eso creo.

El carrito se detuvo
y tuvimos que seguir a pie.
Nunca le tuve miedo a esas formas disfrazadas
que se activan
como si adivinaran que uno lleva los ojos llenos.

Pero al volver a casa
las formas seguían activándose. Diciéndome
gallina, maricón.
Diciéndome
todas esas palabras que crecerán mañana.

A veces creo, igual que mi hermana,
que el que salió aquel día de la casa del terror
no fui yo, sólo fue mi cuerpo. O una gallina.

YO NO SÉ CÓMO SE OLVIDA.

Nunca he sido bueno en eso de quitar nombres
[de mi pecho.
Nunca he sido buen abandonador.

No sé cómo se olvida.
Es como si hubiera que meter
la mano hacia aguas muy profundas de la
[garganta y el corazón
e ir sacando tiempos, fechas, lugares,
ir sacando
gente que ha naufragado en nuestro pecho.
Y no sé.
Yo amo de veras. Con esa humildad de llamar
de usted
a la piedra por ser vieja, al pájaro
por saber volar,
y al árbol, de usted, por ser árbol y ser tremendo:
bello
como el niño que soy cuando veo un árbol
y lo trepo con los ojos.

No sé cómo se olvida,

porque guardar personas, objetos y lugares
definitivamente es lo mío. ■

AL MARGEN

POR **VEKA DUNCAN**

@VekaDuncan

KÄTHE KOLLWITZ, MATERNIDAD Y DOLOR



Fuente > Käthe Kollwitz, 1909

HACE CIEN AÑOS, un cartel creado en el marco del décimo aniversario del inicio de la Primera Guerra Mundial se erigió como manifestación en contra de todos los conflictos bélicos. "Nunca más la guerra"

es la frase que aparece en este pliego grabado, acompañada de un joven que levanta su puño. Se trata de una obra de la expresionista Käthe Kollwitz. Resulta muy pertinente que, en el centenario de esta icónica obra gráfica, el MoMA de Nueva York presente una retrospectiva dedicada a esta artista, y más relevante aún recordarla ahora, en esta semana en la que se celebra la maternidad vale la pena repasar su carrera, pues fue una pintora y grabadora que usó frecuentemente este motivo para hacer un arte de protesta.

Nacida en 1867 en el seno de una familia socialista, la carrera artística de Kollwitz estuvo siempre atravesada por una gran conciencia social y compromiso político. Habiendo estudiado en Berlín y Munich, Käthe también entró en contacto con los movimientos artísticos de fin de siglo, los cuales desde su trinchera también rechazaban el *status quo* y comenzaban a experimentar con nuevas formas y técnicas plásticas.

Pero el punto de quiebre de la vida y obra de Käthe Kollwitz se dio en 1914, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, cuando su hijo Peter murió en el frente de Flandes. A partir de entonces, las imágenes de la maternidad y la niñez se van a convertir en un vehículo de denuncia recurrente en su trabajo, sobre todo en el grabado, medio en el que destacó prodigiosamente.

MIENTRAS SUS CONTEMPORÁNEOS destacaban a la figura del soldado para señalar los horrores de la guerra, Kollwitz volteaba la mirada a las víctimas más vulnerables de la violencia. Otto Dix, por ejemplo, dedicó un gran *corpus* de obra a retratar las infames condiciones de las trincheras; Ernst Ludwig Kirchner, entre tanto retrató las mutilaciones con las que volvían los hombres del frente; Käthe, por su parte, representó mujeres embarazadas contemplando el suicidio, madres sosteniendo a sus hijos muertos, o abrazando niños pálidos y desnutridos. Hay en estas imágenes un reconocimiento de su propio dolor.

Kollwitz había explorado en su obra las dificultades de la maternidad aún antes de vivir su propia tragedia. Sensible a la crueldad de la realidad que enfrentaba la clase obrera, encontró inspiración en las mujeres que visitaban el consultorio de su esposo, médico socialista. Ya desde la primera década del siglo XX aparecen en sus grabados, dibujos y pinturas esas mismas imágenes de madres desesperanzadas, e incluso de la vulnerabilidad de las mujeres frente a las múltiples violencias que enfrentan; así la violencia doméstica, la inequidad en las labores domésticas, la explotación laboral en un mundo ya plenamente industrializado y la desigualdad se conjugan en imágenes desgarradoras, no sólo por la capacidad que tiene la artista para transmitir la miseria y desesperanza de sus personajes, sino, sobre todo, por su vigencia.

Las maternidades de Käthe Kollwitz muestran una crítica aguda a su presente, pero también una enorme preocupación por el mundo que será heredado. Y eso la vuelve más relevante que nunca. ▣

Fuente > Freepik



BUITRE

UN BUITRE me estaba desgarrando los pies a picotazos. Ya había destrozado las botas y los calcetines y ahora me desgarraba los pies. Después de cada picotazo que me daba, se ponía a volar inquieto, describiendo círculos en torno a mí. Luego proseguía su tarea. Un señor que pasaba por allí nos estuvo mirando durante un rato y me preguntó que cómo podía tolerar lo que el buitre me hacía.

-Estoy indefenso -le dije-. Un buen día llegó y empezó a darme picotazos. Por supuesto que intenté retorcerle el pescuezo, pero un animal de este tipo tiene mucha fuerza y quiso saltarme a la cara. Entonces decidí sacrificar los pies. Ahora están casi tronchados.

-No debe permitir que le haga sufrir tanto -dijo el señor-. Un tiro y no hay buitre que valga.

-¿Está seguro de ello? -le pregunté-. ¿Se encargaría usted del asunto?

-Faltaría más -dijo el señor- Tan solo tengo que ir a casa por la escopeta. ¿Podrá esperar una hora más?

-No lo sé -repuse. Por un instante me quedé paralizado por el dolor, pero luego dije-: hágame el favor e inténtelo.

-Muy bien -dijo el señor-, me daré prisa.

Mientras tanto, el buitre había permanecido tranquilo atendiendo a lo que decíamos y posando alternativamente sus miradas en mí y en el señor. Entonces comprobé que lo había comprendido todo. Emprendió el vuelo, se arqueó con ímpetu para lograr el impulso adecuado, y como un lanzador de jabalina, hundió profundamente su pico en el interior de mi boca. Mientras caía de espaldas me sentí liberado al ver cómo mi sangre, que llenaba todas las profundidades y hacía que todos los cauces desbordaran, ahogaba al buitre. ▣

Franz Kafka, *La metamorfosis y otros relatos de animales*, trad. y ed. Miguel Salmerón Infante, Austral, 2021.

CARTAS

Agay (Var)*

"ESO ES... -sabias resoluciones, cartas rotas en pedazos, durante dos años cuántas cartas rotas- y luego, junto al fuego, a medianoche, todas las resoluciones ceden. Y me permito el lujo de una imprudencia y de un pequeño fracaso. Y sorbo un té bien azucarado. Y me perfumeo junto a este fuego que huele a eucaliptos y a resina. Creo incluso que sonrío, sonrío dulcemente, para mis barbas, porque no siento vergüenza...

¿Qué contarte? Me siento bien a medias. Junto a ti esta noche hubiera estado sin hablar durante una hora. Ocupado en no dejar escapar un pensamiento dormido, saboreándolo sin decírmelo. Pensamiento dulce mientras está dormido. ¡Me has enseñado a engañarme a mí mismo! Así que me veo obligado a escribirte una carta que no significa absolutamente nada. Algunos pasos en el jardín. O una carta despertador, cuando uno se estira, cuando todavía no se sabe bien por qué es encantador vivir.

Lo que más deseo es no esperar nada. En Toulouse me veía impelido hacia mi buzón, desde el otro lado de la ciudad, a cada hora. A veces regresaba de Marruecos después de tres días de ausencia. Tres días inmensos durante los cuales todas las mujeres del mundo habrían tenido tiempo de escribirme. ¡Eso me aumentaba las oportunidades para una sola! Me gustaba dar esta oportunidad de tres días." [...] ▣

Antoine.

*Sin fecha. Verosimilmente de la primavera de 1931. Antoine de Saint-Exupéry, *Cartas a una amiga inventada*, trad. Mateu Grimalt, José J. de Olañeta Editor, 2015.

MAGIA Y ASTROLOGÍA

"TODO LO QUE HACEN los científicos imitando a la naturaleza, o ayudándola con el arte desconocido, no sólo para el pueblo bajo, sino para la comunidad de los hombres (aparece como) obra de magia. De manera que, no sólo las antedichas ciencias, sino todas las demás, sirven a la magia. [...] mientras no se entiende el arte, se habla siempre de magia; después, es ciencia vulgar.

La invención de la pólvora, del arcabuz y de la prensa fue cosa de magia, y así también la invención del imán; pero hoy, que todos saben, el arte es cosa vulgar. Así también el arte de los relojes y las artes mecánicas pierden fácilmente la reverencia, desde que las cosas se hacen manifiestas al vulgo. Pero las cosas físicas y astrológicas y las religiosas raras veces se divulgan; y en ellas los antiguos pusieron el arte [*magiam*]. ▣

Tommaso Campanella, "Del sentido de las cosas y de la magia" en Ernesto de Martino, *Magia y Civilización*, trad. Marino Ayerra, editorial El Ateneo, 1965.

JARDINES AJENOS

- **PARA EL HOMBRE** que aspira a la elección popular, los tontos forman una corporación respetable, porque siempre son mayoría.
Benjamin Constant, *Journaux Intimes*, fines de 1804.
- En su lecho de muerte, al preguntársele si estaba preparado para morir, se dice que el finado James Thurber replicó: "Sí, porque ahora no es tan fácil como antaño seducir a las chicas".
James C. Neely, "Male and Female: Nature's Cosmic Joke", *Esquire*, marzo 13, 1979.
- El psicoanálisis no me gusta. Es el lado oscuro de la ciencia-ficción.
Declaración atribuida a J. L. Borges (Tucumán, mayo de 1978).
- Ambos son lo bastante estúpidos como para amarse.
Tallemant des Réaux, *Historiettes*, CCLXXXIX.
- No, nada vale nada: ni el amor, ni la amistad, ni el trabajo ni ningún placer. Todo es mediocre, pasajero, poco importante, sobrevalorado.
Paul Léautaud, *Propos d'un jour*.
- *Anbello compartido*. Escribe el 5 de septiembre de 1804, en sus *Journaux Intimes*, Benjamin Constant: arreglar mis asuntos, dinero, una amante, un viaje. Yo he deseado lo mismo tantas veces. ☑

Adolfo Bioy Casares, *Jardines ajenos*, 1994.



Fuente > Freepik

CERILLOS

LOS PRIMEROS cerillos de fricción no contenían fósforo y fallaban muy a menudo. Todo empezó en 1826, cuando John Walker, propietario de una farmacia, se encontraba en su laboratorio intentando crear un nuevo explosivo. Al remover una mezcla de productos químicos con un palito observó que en el extremo de éste se había secado una gota en forma de lágrima. Para eliminarla en el acto la frotó contra el suelo de piedra del laboratorio y entonces el palo ardió y en aquel mismo momento se produjo el nacimiento de un cerillo. ☑

Maximiliano Lichtenstein y Ximena Escalera, *30 objetos. Necesidad e ingenio del ser humano*, Trilce Ediciones, 2006.



Foto > Le Parisien

ESPALDA

MIRAR LA ESPALDA de Simone de Beauvoir, y el resto de su cuerpo desnudo, en la portada del semanario francés, *Le Nouvel Observateur*, fue para muchos escandaloso y controversial. Aquella edición celebraba en 2008 el centenario del nacimiento de esta genial escritora y ensayista feminista, pero gran parte de la gente percibió que esa fotografía inédita pertenecía más al ámbito privado e íntimo que público. La polémica imagen ocurrió en el verano de 1950, en Chicago, cuando Simone de Beauvoir tenía 42 años y realizaba una visita a los Estados Unidos. Ese día, ella quería darse un baño y su amigo Art Shay la llevó a un departamento para que lo hiciera. Según relató Shay, la puerta estaba entreabierta, Simone había terminado de ducharse y permanecía peinándose desnuda frente al espejo del lavabo. Él la miró y no pudo resistir el impulso de retratarla. Ella escuchó a sus espaldas el sonido del obturador y sin voltear, enfadada, ya que lo vio por el espejo, dijo: *Naughty man*, que podría traducirse como travieso, pícaro o malvado. Ante esta imagen, algunos grupos feministas protestaron: "Esa foto, robada a su intimidad, no ilustra en nada los escritos, la filosofía, el feminismo y la personalidad de Simone de Beauvoir". A lo que Michel Labro, codirector de *Le Nouvel Observateur*, respondió: "El desnudo es un homenaje perfecto, la encarnación de lo que queremos describir; una mujer libre de su cuerpo y de sus ideas". ☑

Godofredo Olivares, *De pies a cabeza*, Editorial Terracota, 2013.

LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

BESTIARIO DEL BIBLIÓFILO

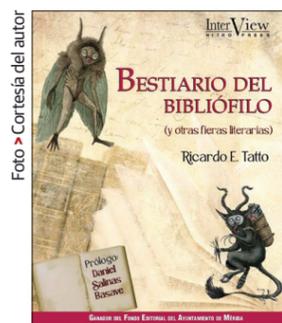


Foto > Cortesía del autor

MI DEPARTAMENTO parece una caja de zapatos y sólo tengo lugar para lo esencial: la música, los libros y las bicicletas. Si algo tienen en común las tres cosas es que son adictivas, por lo que ocupan paredes, libreros, muebles, cajas y rincones. Lo mejor de todo es que se pueden combinar para ensanchar cada una

de las experiencias. A veces pedaleo con música, a veces leo con música y, a veces, hojeo libros sobre música y bicicletas. De vez en cuando tengo que hacer espacio para otros libros. No soy acumulador ni coleccionista, pero no logro desprenderme de las cosas que me hacen feliz.

AHORA SÉ QUE SOY un bibliófilo, el que siente amor hacia los libros y la lectura. Soy del tipo *cazador* con tendencia a subrayar y a marcar las páginas. Lo supe después de clavarle el colmillo al *Bestiario del bibliófilo (y otras fieras literarias)*, de Ricardo E. Tatto (Nitro Press, 2024). En esta serie de observaciones y reflexiones, el autor nos clasifica en varios tipos, un desfile del 41.8% que leemos por lo menos 3.4 libros al año (INEGI), nuestros hábitos y manías bajo la lupa. Entre las páginas se diseccionan las *bestias bibliófagas*, como las nombra en el prólogo Daniel Salinas Basave: el apilador de libros, el cazador, el marchante, el voyeurista, el birlador, el coleccionista y el académico. Todos compartimos ciertas prácticas que son consideradas *manías* en las que los lectores incurrimos: oler los libros, subrayarlos, marcarlos, hacer anotaciones, doblar las páginas, meter tiras de papel o *post-its*, así como elegir el mejor momento y postura para leer.

En el capítulo de las manías de los lectores me enganché con *El subrayado*, una práctica polémica que siempre divide a los lectores. Es una costumbre que le aprendí a mi padre, quien me heredó el hábito de la lectura. Subrayar y hacer anotaciones en las páginas porque la memoria no es confiable. Uno siempre regresa a los libros por diversos motivos y esas marcas adquieren una utilidad y un valor especiales. Es como trazar un mapa personal entre las páginas o hacer un resumen o indicar el sitio de una o varias ideas que te apropias. Y un libro sin marcas parece un libro que nadie leyó. Es como una bicicleta sin raspones por el uso o un disco sin *scratch* ni rayaduras.

EL OTRO CAPÍTULO que me llamó la atención es *A favor del sedentarismo intelectual, una introducción*, en el que Tatto cuestiona la actividad deportiva de *corredores y demás fauna fitness* en pos de la lectura y la escritura. Leer y escribir se complementan con el deporte, más allá de escribir un relato o una novela sobre box o fútbol. Hay autores que comparan la escritura con el deporte, como el maratonista Murakami. Recuerdo a Charles Dickens, Arthur Conan Doyle, Ernest Hemingway, Jack Kerouac, Agatha Christie, Hunter S. Thompson, Samuel Beckett, Henry Miller, Roald Dahl, J.R.R. Tolkien, Tim Crabbe y Henry Rollins. Todos entregados a la escritura, la lectura y a los deportes sin conflicto. De hecho, hacer libros como éste es un deporte de alto riesgo. ☑

Este texto fue leído por Florence Olivier, especialista en literatura comparada y autora de Carlos Fuentes o la imaginación del otro, en el marco de la jornada "10 años sin Carlos Fuentes. Homenaje a su vida y obra", organizada por la Cátedra extraordinaria Carlos Fuentes de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Nacional Autónoma de México y celebrada el 12 de mayo de 2022. Con este ensayo inédito recordamos al escritor mexicano.

ACRÓSTICO PARA CARLOS FUENTES

FLORENCE OLIVIER

C

C de Carlos; **C** de Cienfuegos, Ixca, su nombre, el duende del Anáhuac, el correveidile, el abridor de las conciencias en el México de la postrevolución, el guardián de la memoria prehispánica y el tentador de *La región más transparente*, desengañado, al cabo, del retorno al origen y a los ritos sacrificiales; **C** de Cruz, Artemio, su nombre, que al engañar a la revolución se engañó a sí mismo; **C** de Cristóbal el Nonato, que todo lo recuerda y lo olvida todo al nacer en el nuevo Nuevo Mundo de 1992; **C** del Cojuelo, malicioso madrileño y precoz avatar de Ixca y Cristóbal; **C** de las amorosas y memoriosas brujas Consuelo y Celestina; **C** de la metamórfica virgen Constanca, rusa y judía, sevillana y católica. **C** del sin par Cervantes a quien Carlos nombró *El Cronista en Terra Nostra*; **C** de *Cervantes o la crítica de la lectura*. **C** de ciudad y C de cine, dos amores de Carlos Fuentes, que alía *La región más transparente*. **C**, al fin, de Cuento. Maestro cuentista era, es y será Carlos Fuentes.

A

A de Aura, la de los ojos verdes y fluyentes, la bruja joven. **A** del amor constante más allá de la muerte; **A** de Artemio mientras agoniza extraviado entre los tres tiempos de toda vida. Pero al fin y al comienzo **A** de Arte, **A** de las Artes. Arquitectura, danza, escultura, música, pintura, teatro, todas se concitan y transmutan en las letras o las cartas de relación de Carlos.

R

R de Revolución, la conciliadora de todos los tiempos de México, la traicionada por sus propios héroes. **R** de Razón. ¡Alto, ahí! "El sueño de la razón produce monstruos", reza la leyenda del Capricho 43 de Goya. Reza su comentario: "La fantasía abandonada de la razón produce monstruos imposibles: unida con ella es madre de las artes y origen de las maravillas". Soñadora, comenta Constanca, la sevillana: "La razón que nunca duerme produce monstruos." Todo

**A DE AURA, LA DE LOS OJOS VERDES
Y FLUYENTES, LA BRUJA JOVEN.
A DEL AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ
DE LA MUERTE; A DE ARTEMIO
MIENTRAS AGONIZA EXTRAVIADO ENTRE
LOS TRES TIEMPOS DE TODA VIDA."**

Terra Nostra es una contienda, un *combattimento*, un coloquio barroco del sueño con la razón.

L

L de Ludovico, el estudioso, el sabedor de los arcanos de la Cábala, doble invertido de un tal Luis, Buñuel, su apellido. **L** de Lengua, la Marina, Malinalli, Malintzin de *Ceremonias del alba* y la de "Las dos orillas", cuya lisura de muslos añora Jerónimo de Aguilar, la otra lengua de Cortés. **L** de Lengua, la española, la viajera y transterrada, rayada de náhuatl, la lengua árbol, la lengua naranjo. **L** de Lirismo, a rienda suelta, a sabio cálculo, dialéctico y deslumbrante. ¿Nerudiano? Contrapunteado por la ironía, su traviesa cuata.

O

O de Otro, de aquellos Otros a quien no deja de imaginar Carlos Fuentes. **O** del Otro Mundo, tercera tabla del tríptico de *Terra Nostra*, tras el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo. Allí, en el Otro Mundo del sueño novelesco, se amasa, estira, recoge el material del relato. Allí, toda forma muda. Allí, en una como fuga musical alternan y buscan fundirse en uno solo los sueños de la herejía adamita y las beguinas de Flandes, de la utopía de Moro y las crónicas de la conquista, del Quijote y el Burlador de Sevilla. Aquellos sueños de libertad religiosa, dorado nuevo mundo y locura quijotesca, sueños son, mas no pasado cumplido sino viva memoria de los esmeros del Renacimiento por quebrar y

Fuente > Crisol de Sueños



Naturaleza muerta. Fotografía de León Felipe Chargoy.

quebrantar todo discurso unívoco. Los recordará Polo Febo, el primero y último soñador de *Terra Nostra*, en el lindero del nuevo y segundo milenio.

S

S de Sueño. Aquel principio de composición y de pensamiento en *Terra Nostra*. **S** de Soñar: "Increíble el primer animal que soñó con otro animal". Así se franquea, desde la primera oración, el pórtico de la novela. Y, por más que invoque la razón un soñado monje razonante, se entra en el mundo de las metamorfosis, transmutaciones, condensaciones, desplazamientos, en el mundo cinético y plástico del sueño, el mundo de los posibles.

F

F de Fantasmas, aquellos desvalidos y poéticos seres que habitan caserones del centro de la ciudad. Presencias del pasado irresuelto en "Tlactocatzine, del jardín de Flandes", *Aura*, *Constancia* y otras novelas para vírgenes, *Inquieta compañía*. **F** de Fantasia. Unida a la razón. **F** de fantástico, el cuento fantástico de Carlos es poético y justiciero: piden posada los fantasmas y se les abren las puertas en las moradas del tiempo. De otros tiempos vienen los fantasmas, sí. También de otros lados. Oigan si no esta visión de la Historia: "[...] un flujo sin fin, un río pardo cruzando del Viejo al Nuevo Mundo, una corriente de emigrados, perseguidos, refugiados, entre los cuales destaco a un hombre, una mujer y un niño que creo reconocer, por un instante, antes de que la marcha de los fugitivos los ahogue: la fuga de Palestina a Egipto, la fuga de las juderías de España a los guetos del Báltico, la fuga de Rusia a Alemania a España a América, los judíos arrojados fuera de Israel, fuga perpetua, polifonía del dolor, babel del llanto, interminable, interminable [...]" En "Constancia", los últimos fantasmas de la Sagrada Familia son salvadoreños. **F** de Frontera. La frontera, cicatriz y espejo en *Gringo Viejo* se torna frágil lente del porvenir en *La frontera de cristal*. A Carlos la frontera lo cruzó. "Hay una frontera que sólo nos atrevemos a cruzar de noche [...]: la frontera de nuestras diferencias con los demás, de nuestros combates con nosotros mismos". O como lo quisiera decir la gringa joven: "[...] cada uno [lleva] adentro su México y sus Estados Unidos, su frontera oscura y sangrante que sólo nos atrevemos a cruzar de noche, eso dijo el gringo viejo." En la frontera de polvo y lodo, la mal llamada frontera de cristal, vive la nueva Malinche, Malinalli, Malintzin de las maquilas. En una visión utópica, la frontera se abre a su porvenir, se quiebra como un cristal, para el anhelado encuentro de todos los nombres de los migrantes a través de todas las fronteras: "Como un chorro entran a mi mirada a mis

“N DE NUEVAS, NOVEDAD, NOVELA. CARLOS ROMPE LANZAS CUAL INCANSABLE PALADÍN DE LA NOVELA: A SU DAMA LA CASA CON LA NOVEDAD, LA EXPLORA, LA VIOLENTA, LA DEFINE. ES LENGUAJE CONFLICTIVO ENTRE LOS DE LA ÚLTIMA MODERNIDAD.”

ojos a mi lengua sus nombres, cruzando todas las fronteras del mundo, rompiendo el cristal que los separa.”

U

U de Utopía, ¡pobre América! En la segunda tabla de *Terra Nostra*, el soñado viaje del peregrino al Nuevo Mundo realiza y decepciona el deseo de una tierra donde vuelva a existir la edad dorada. Pero, profecía y recuerdo, su relato afirma el derecho a la plena existencia del no lugar y el no tiempo del ambivalente sueño como horizonte de la historia en la ficción. **U** de Ucronías, lúdicas y paródicas, que enderezan entuertos de la historia. En "Las dos orillas" los mayas conquistan España, dándoles una sopa de su propio chocolate a los que pretendieron conquistarles. En "Las dos Américas", un viejo Colón que se resguardó del tiempo de la historia en su oculta isla de Antilla se dispone a regresar a España tras cinco siglos de ausencia. Lleva consigo las semillas del naranjo americano nacido del español: "[...] acaricio las semillas y me entrego a un vasto sueño sobre el mar en el que el tiempo circula como las corrientes y todo lo une y relaciona, conquistadores de ayer y de hoy, reconquistas y contraconquistas, paraísos sitiados, apogeos y decadencias, llegadas y partidas, apariciones y desapariciones, utopías del recuerdo y del deseo..."

E

E de Espectro, otro nombre para los seres que transitan por los tiempos de la historia en espera de que se reconozca como tal una u otra tragedia. **E** de erotismo. Para soñar las incumplidas promesas de la historia del mundo hispánico, *Terra Nostra* erotiza la historia del arte y el pensamiento. En el desenlace, se funden en uno solo Polo Febo y Celestina: "Ed erano due in uno, uno in due". De aquel acto de amor, cumbre del erotismo y de la vida, nace un nuevo ser, femenino y masculino, andrógino. La unión entre el pasado y el presente convierte en futuro la memoria recobrada. Muere el relato de lo acaecido, vive la novela. *Terra Nostra*, sabio teatro de la memoria, también es un sueño erótico. Un arte de amar. **E** de erotismo, sí, pero al cabo y, ante todo, **E** de Estilo y **E** de Escritura.

N

N de Nuevas, Novedad, Novela. Carlos rompe lanzas cual incansable paladín de la novela: a su dama

la casa con la novedad, la explora, la violenta, la define. Es lenguaje conflictivo entre los de la última modernidad; es arena o palestra donde se enfrentan tiempos, culturas, lenguajes diferentes. No menos de tres títulos enarbolan cual oriflama la palabra novela: *La nueva novela hispanoamericana* que desafía al *Nouveau roman* de los 1960, y gana un torneo; Geografía de la novela, en el que Carlos reúne una comunidad internacional de novelistas cuyas órbitas no gravitan en torno a un improbable centro de la cultura occidental; *La gran novela latinoamericana*, su personal y final canon.

T

T de *Terra Nostra*, nueva América nuestra, valiente mundo nuevo. **T** de Tiempo, no el de los relojes, sino su espalda negra, el tiempo de la creación, el tiempo inconcluso de la cultura. **T** de Teatro: Todos los gatos son pardos, metamorfoseada en *Ceremonias del alba*; *El tuerto es rey*; *Orquídeas a la luz de la luna*. Teatro que abraza a la danza, la música, el cine, teatro carrusel de las artes.

E

E de Épica. En palabras de Carlos, la épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo, la épica dañada de la novela. Sus magníficos despojos en *La región más transparente*: la batalla de Celaya, cantada a puro aliento antes que narrada. **E** de Ensayo. Entre los ensayos y las novelas, ¿cuáles son primeros?, ¿cuáles segundos? De la bibliografía de Cervantes o la crítica de la lectura dice Carlos que es gemela de la de *Terra Nostra*, pues ambas nacen "de impulsos paralelos y obedecen a preocupaciones comunes". Sus ensayos literarios han de verse como compañeros de las novelas, antes que como apostillas o postdatas. Si el Cervantes es escudero de *Terra Nostra*, *El espejo enterrado* lo será de Cristóbal Nonato o de *El naranjo*.

S

S de Signorelli, Luca, su nombre, cuyos frescos de Orvieto, puro movimiento, abren en el Renacimiento a otra imagen del mundo y del más allá. En *Terra Nostra*, un apócrifo cuadro de Orvieto, obra del español Fray Julián, registra la imagen de la corte española y viaja al Nuevo Mundo. **S**, al fin, de *Summa*: "La edad del tiempo" de Carlos Fuentes, donde somos todos. Y estamos. ▣

Norma Salazar, investigadora literaria, escritora y periodista cultural que colabora cada semana en el periódico Opinión de Yucatán, nos presenta la obra del escultor Miguel Peraza, quien cumple ahora casi 50 años de labor ininterrumpida en los combates con la piedra, con minerales, aún con fierros retorcidos. En palabras de Salazar, "Peraza es un escultor periférico que ha dejado huella en el arte que lo ha llevado a explorar rompecabezas con los recovecos más ocultos de la creatividad humana".

MIGUEL PERAZA

NERVADURAS DEL OMNIVERSO

NORMA SALAZAR

Estamos en tiempos agitados por sus contextos y sucesos en todo el mundo. Ante tal panorama, un desahogo, por nombrarlo coloquialmente, se encuentra en la presencia de las artes.

No es de extrañarse que el arte evolucione en estos tiempos modernos. Entre algunas disciplinas humanísticas dentro del ámbito de las artes se encuentran la escultura, la pintura y la fotografía. Lenguajes visuales irónicamente mudos, pero, vivos y presentes ante nuestra vista, con innovaciones que van más allá de las percepciones, emociones sensoriales a partir de composiciones, sí, el origen; el armado de materias primas que se convierte en metamorfosis portentosa. La escultura en particular no está exenta. Hoy prestamos atención a creaciones más virtuales, precisas, que atraviesan una línea del mundo real. Somos observadores meticulosos asombrados por tamaños, formas y texturas en tercera dimensión con miras a una cuarta dimensión. No estamos lejos de reconocer obras escultóricas que contrasten el arte visual conocido. Del realismo a la meditación geométrica, de la escultura irónica al conjunto que se cree obsoleto. El artista, en cada esencia de su arte, quiere manifestar una vitalidad y un tesón siempre crecientes.

Con este breve preámbulo presento a uno de los escultores notables de nuestro país, respetado por su trabajo a nivel internacional. Uno que respeta el trabajo, la aportación de las ciencias exactas a su arte: neurociencia, física cuántica, matemáticas, geometría, cálculo.

SU OBRA SE ENTRELAZA para bien con el arte escultórico. Sí, las ciencias exactas que acompañan sus esculturas de gran dimensión demuestran que lo científico no debe estar aislado de las ciencias artísticas, sino todo lo contrario. Las piezas son multidimensionales en su espacio exacto porque son un



La casa de dios. Fotografía de Emilio Alvarado.

comunicante, en lo más cardinal de la escultura, con todas sus formas y texturas. En la obra del maestro-escultor Peraza descubrimos una recapitulación afortunada entre la exploración del cosmos y la reflexión profunda de la condición humana. Cada escultura es un umbral que existe para que encontremos nuevos horizontes, infinitos significados y con una hermosura perfecta.

Peraza demuestra que el arte es mucho más que una presencia estética, algo más hondo; es un puente que une los tiempos pasado, presente y futuro en este cohabitar del universo con los seres humanos. La armonía y su caos. En cada una de sus obras monumentales hallamos gestos, huellas indelebles. La esencia indisoluble de un escultor cuyo legado permanecerá por generaciones futuras.

Miguel Peraza Menéndez proviene de un linaje reconocido de escultores yucatecos. En sus inicios, trabajó al lado de su padre Andrés Peraza esculturas de bronce dominando la técnica, y luego comenzó a trabajar con materiales diversos como el metal, el acero inoxidable, la madera, realizando grandes obras de geometría sensible, abstracción conceptual, combinando muchas veces el bronce clásico y el arte industrial.

SU ESTILO E IDENTIDAD se admira perfectamente en la metaescultura innovadora, ejemplo claro: la escultura encriptada en cuarta dimensión, donde observamos el inicio apuntalado con un ventilador de tecnología digital conocido como una pantalla holográfica, a la que el público heterogéneo accede. La revelación de una nave en forma de barco que navega en el espacio infinito.

La premisa del escultor Miguel Peraza es: *Arte que no es para todos, no es arte*. Por ello, ese espacio atemporal nos pertenece. Para ser enfática, todas sus obras han sido trabajadas en la última década, y gran parte de ellas han sido exhibidas en colecciones privadas, espacios públicos, universidades a nivel nacional e internacional.

Miguel Peraza, en sus composiciones escultóricas, ilustra cualquier objeto recreando matices cromáticos elegantes y nos invita a transportarnos a otra dimensión, a otro espacio temporal. De manera hospitalaria en su materialización visual podemos navegar en una nave. Observar en la travesía la belleza poética en el infinito. Es cuando la psique artística manifiesta su autoridad sobre el raciocinio durante el proceso creativo. Sus naves son personajes animados con un efecto sensorial asociado al tiempo en que se desdobra la acción. El tiempo personifica parte del sujeto con una esencia afectiva, una recíproca proyección que une el espíritu humano; el tiempo se humaniza mutando en forma de conexiones que administran lo real, lo hipotético, lo inverosímil en su travesía. La nave encapsula el tiempo entre los límites del espacio, es decir, un Todo, un Acto Emocional, un Acto Sensorial. Las esculturas de Miguel Peraza nos llevan a navegar por otras formas de exponer lo irreal que se transmuta en cada obra estética a través de un conocimiento científico, histórico como lo hiciera en su momento el gran Leonardo da Vinci. ■

En su artículo "No soy Auster", Enrique Vila-Matas cuenta que el escritor neoyorquino decía:
"llevo a docenas de escritores conmigo, pero no creo que mi trabajo se parezca a ninguna de sus obras.
No estoy escribiendo sus libros, sino los míos". Baumgartner (trad. Benito Gómez Ibáñez,
Seix Barral, 2024), el libro que Auster terminó apenas hace un año, tiene ese sello personal.
Y Woldenberg lo confirma en esta reseña.

AUSTER EL REFUGIO DE LA MEMORIA¹

JOSÉ WOLDENBERG

Baumgartner, viejo y solo, sin hijos, encontrará en la memoria un refugio. No es que en su presente no viva episodios dignos de alimentar la vida, lo que sucede es que sabe que en el pasado se encuentra lo más significativo, lo más importante. Por ello, sus "pensamientos... retornan al pasado, a ese remoto ayer que titila en los márgenes de la memoria".

La memoria es su patrimonio. Intransferible por naturaleza. Es su compañía caprichosa, pero imprescindible e inescapable. Acude a ella de manera errática y busca en ella comprensión a lo acontecido y abrigo ante la inercia de una existencia sin horizonte y escaso entusiasmo. Es un profesor universitario y escritor sin dificultades económicas, pero, sabe, que lo más interesante se encuentra a sus espaldas y que el futuro pinta sólo como la proyección de un presente rutinario.

Es "un mundo perdido", pero es su mundo. El mundo en que se formó, en el que conoció y vivió con Ana, su pareja con la que "empezó la verdadera vida", y que murió 10 años atrás. Se trató de una muerte inesperada, súbita, accidental. Después de la cual se instaló en él no sólo el duelo, sino la confusión luego de más de treinta años juntos. Se trató de un tajo radical que edificó un antes y un después. Ella, traductora, escritora, poeta, fue brújula y ancla en su vida y su desaparición trastocó incluso sus hábitos. Lo paralizó. Baumgartner revisa los papeles de Ana y se topa con relatos de su primera juventud. "Aquellos recuerdos juveniles danzando por las páginas del amarillento manuscrito lo conmovió profundamente." Recordar resultaba la tarea más gratificante. Encontraba sentido en lo que para otros sería, por su propia condición, desconocido o insulso. Al "leer las palabras de Ana le pareció oír su voz, que se alzaba desde el papel y se dirigía en efecto a él, a pesar de que hubiera

desaparecido, de que estuviera muerta para siempre y nunca le diría otra palabra hasta el fin de sus días". Ana no está, pero su recuerdo lo acompaña; le produce una cálida nostalgia que resulta sedante. Esos papeles, fragmentarios, privados, son "un tributo al reino perdido de la juventud".

LO SABE: EN EL INSÍPIDO FUTURO le quedan algunos pocos años de vida. Teme a las fallas que puedan producirse en su cuerpo o en su mente, a las posibles dolencias y a las emergentes incapacidades, a que no pueda "leer, pensar, escribir" y que incluso sus recuerdos se borren.

Baumgartner tiene la fortuna de construir una nueva relación con Judith, mujer más joven que él, madre de dos hijos, profesora de cine en Princeton. Renace, se ilusiona, y resuelve pedirle matrimonio. Un intento por empezar de nuevo. Pero Judith "no solo abandona a Baumgartner por otro hombre, sino que también se marcha de Nueva Jersey rumbo a California". Fin de la efímera y placentera ilusión.

Es entonces cuando el pasado lo invade todo. Tiene problemas con la memoria de corto plazo. "Busca sus lentes mientras los lleva en la mano". La "ley de rendimientos decrecientes" es compañera de vida, todo lo cual lo empuja hacia un universo más plácido y no falto de vigor: el pasado que guarda él solo para él. Aparecen recreados su primer viaje con sus padres y hermana; su relación, de hermano mayor, con Naomi; su estancia en París; el "68 año apocalíptico de fuego y sangre", algún episodio del segregacionismo difícil de remontar...

"Algunos momentos efímeros e indiscriminados persisten en la memoria", pero otros, aunque se esfuerce han desaparecido. "Su graduación en la secundaria se le ha borrado por completo, el color de su primera bicicleta se ha disipado". La memoria resulta un receptáculo caprichoso con zonas profusamente alumbradas y

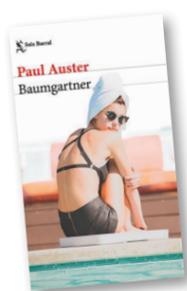
otras empañadas por una espesa oscuridad. Tiene recuerdos "imperecederos de un pasado desaparecido", vivo y facundo en su memoria. Estampas poderosas de la relación con sus padres. Un padre migrante, idealista, militante, que al quedar huérfano tuvo que abandonar sus sueños y dedicarse al negocio familiar, convirtiéndose en un "revolucionario fantasmal". Su madre, sin parientes vivos carga una historia enigmática. Muy pronto huérfana de padre, migrante judío de Galitzia, su madre se volvió a casar y dejó a la hija al cuidado de un tío. Era una costurera sola cuando se conocieron los padres de Baumgartner. Ella no tenía un juicio adverso de la madre que la abandonó. Comprendía su dilema.

ESTAMPAS QUE DEJAN HUELLA, que conformaron lo que ahora es. En la etapa final de su vida los recuerdos lo son todo y la vida cotidiana una imposición sin relevancia. El viaje por la memoria que se remonta hasta el abuelo le permite observarse como el producto de una historia que lo supera y rebasa. Es fruto de una serie de encadenamientos que vistos en retrospectiva ofrecen un extraño orden a los acontecimientos y que en el último capítulo de la vida es lo único que perdura.

Una estudiante universitaria volverá a encender cierta chispa de vitalidad. La chica quiere revisar los papeles de Ana porque está haciendo un estudio de su obra y quizá -se entusiasma Baumgartner- pueda recuperar parte de su poesía inédita y publicar un nuevo libro. Se ilusiona con la llegada de la joven, remodela la casa, prepara y ordena los papeles de su mujer, y la vida parece de nuevo tener sentido.

Lo cierto, sin embargo, es que la memoria es el único patrimonio de ese viejo solitario. ■

¹ Tomo la expresión del título del libro de Tony Judt, *The Memory Chalet*, traducido al español como *El refugio de la memoria*.



EL CORRIDO DEL
ETERNO RETORNO

POR **CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

RECUESTO EXPRESS
DE MI ROL POR FRISCO

A terricé con una prisa peor que si trajera diarrea. Mi propósito: patearme San Francisco en 72 horas.

Como si de pagar una manda se tratara, lo primero que hice fue hincarme ante la frase de Ferlinghetti grabada en el piso de la avenida Columbus. *Poetry is the shadow cast by our streetlight imaginations.* Por una nota en la entrada de la librería City Lights me enteré de que el poeta Neeli Cherkovski había fallecido un par de días antes. Entré al Vesubio a beberme una cerveza en su honor y un poco bajoneado salí a recorrer el barrio chino.

Chinatown es una ciudad dentro de la ciudad. Basta con recorrer unas cuantas de sus calles para que te entren deseos de hablar mandarín. Patos confitados que cuelgan de ganchos en los restaurantes y puedes contar con los dedos de una mano los gringos que circulan por el barrio. Sus callejones cargados de motivos te inducen la sensación de encontrarte atrapado en un capítulo de *El hombre en el castillo*. Pero lo que más sorprende de Chinatown es que pese a que San Francisco está plagado de *homeless*, sus calles están limpias de indigentes. No orbitan ni de noche. Tienes que caminar hasta Union Square, en el Distrito Financiero, para volver a toparse con uno.

Un túnel que por las noches está iluminado, conecta a Chinatown con Union Square. Pero si algo relumbra de San Francisco es que, a diferencia de otras ciudades gringas, la puedes recorrer a pie. Prescindir de Uber a tu antojo es una de las mayores bendiciones que ofrece. Y otro de sus regalos es su sistema de transporte. Por cinco dólares los autobuses te llevan a todos los rincones. Y si bien los boletos expiran, los choferes no te los revisan por lo que puedes usarlos tantos viajes y tantos días como te plazca.

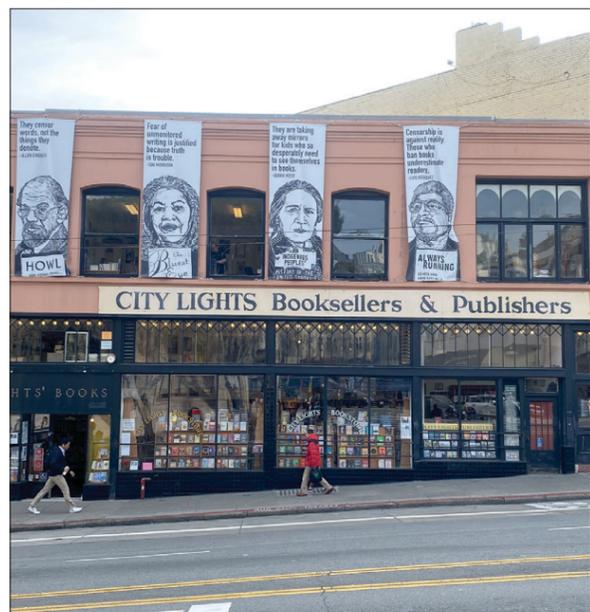
Al día siguiente abordé el 130 frente al City Hall. Me depositó a los pies del Golden Gate. Junto al puente subyace un parque. Una tienda de souvenirs ocupa el edificio central. Hacia la derecha, un túnel diminuto, tienes que agacharte, te conduce al malecón, donde puedes ver a la gente pescando cangrejos. Hacia la izquierda está Fort Point. Un impresionante edificio militar que ahora oficia de museo. La entrada es gratis y puedes subir hasta el techo. La quietud y la soledad que se experimenta ahí arriba son sólo interrumpidas por el fuerte viento. Que no es impedimento para que los surfistas cacen olas.

A pesar de ser lunes, el carril para peatones del Golden Gate estaba más transitado que la calle Madero de la Ciudad de México un domingo por la mañana. A ambos lados del puente, mallas de red impiden a los suicidas saltar. Nadie puede convertirse en una celebridad a sus costillas. Cruzar el Golden Gate caminando no es algo que te cruce por la cabeza hasta que te encuentras ahí. Un fantasma tira de ti. Cuando menos piensas estás en medio de una especie de nada. Aunque a tu alrededor haya otros desubicados como tú.

SAN FRANCISCO PARECE ENCAPSULADO en los setentas. Y esta sensación es todavía más fuerte en Haight-Ashbury. Como amante de la música mi obligación era explorar el distrito. Visité la casa donde había vivido Janis Joplin, Jimi Hendrix, ahora una tienda de mascotas, y los miembros de Greatful Dead. Es una peregrinación con la que sueña todo melómano. Tampoco podía faltar la parada en Amoeba Records, que a diferencia de la de Hollywood Boulevard me pareció mal surtida y un tanto descuidada. Pero es precisamente ese espíritu el que hace único a San Francisco. Ante el glamur, lo chagalaga. O como diría Baudrillard: ante producción, seducción.

En San Francisco no sólo la mota es legal, como en todo California, también los hongos. En los postes de Haight-Ashbury abundan los carteles que ofrecen champis a domicilio. También los puedes encontrar en los dispensarios que los ofrecen en distintas presentaciones. Deshidratados, en gomita, en bebidas, etc. Si quieres atacarte, nadie te lo va impedir. Has llegado a la tierra prometida.

“RESERVÉ PARA
CAERLE A EL CASTRO.
AUNQUE MUNDIALMENTE
FAMOSO, EL EPICENTRO
GAY DE SAN FRANCISCO
CONSTA APENAS DE
DOS CALLES.”



La legendaria librería City Lights, en San Francisco, California.

La relación de la ciudad con música se extiende más allá del barrio jipi. Uno de los lugares que más deseaba conocer era la mítica sala de conciertos Fillmore, donde comenzó Carlos Santana su carrera, ubicada en el distrito del mismo nombre. Pero durante el día está cerrada al público. Y esa noche no había concierto. En el barrio me topé con un mural dedicado a Bill Graham, el empresario que piloteó el Fillmore y la también mítica sala Winterland, donde Jimi Hendrix dio uno de sus conciertos más memorables.

Aproveché que estaba a un lado de Japantown para ir a visitar la Pagoda de la Paz. Otra zona donde los *homeless* escasean. Subí por Vane Ness Avenue. Torcí a la derecha y atravesé North Beach hasta llegar a El Embarcadero. Desde la orilla se divisaba la isla de Alcatraz. Donde estuvo preso Al Capone. Recorrí toda la orilla hasta el Pier 39. Pese a que a la altura de Fishermans Wharf se ha convertido en paseo turístico familiar, me emocionó imaginar que Jack Kerouac anduvo por las callecitas aledañas a altas horas de la madrugada a finales de los cincuentas.

RESERVÉ MI ÚLTIMO DÍA para caerle a El Castro. Aunque mundialmente famoso, el epicentro gay de San Francisco consta apenas de dos calles. En esas cuadras se ha hecho más por la liberación sexual que en gran parte del mundo. En la esquina donde comienza, donde confluye con Market está el afamado bar Twin Peaks. Cerca de ahí se encuentra la calle de Folsom donde, cada tanto, entre la calle 12 y 13, se realiza una enorme pachanga Leather. Cientos y cientos de gays toman las calles vestidos de cuero. El atractivo del rumbo también recae en el distrito de Mission. Cuya calle del mismo nombre es una zona de bares y salas de conciertos.

En la confluencia de Mission y 24 se encuentra un mural dedicado a la familia Santana. Carlos, el más reconocido, ocupa el extremo izquierdo. En la 24 está la librería Medicine for Nightmares, una de las pocas, o casi la única, que ofrece a la venta literatura en español. El distrito es también el latino de la ciudad y por todas las calles, hasta Potrero, hay decenas de restaurantes que ofrecen comida mexicana, salvadoreña, hondureña, peruana, etcétera. Lo que más me resultó chistoso fueron las panaderías que ofrecían pan mexa. En ese pequeño pedazo de California no te entrará el síndrome del jamaicón por comerte un marranito o una concha de chocolate. Su sabor no le pide nada al de la tiendita de la esquina de tu casa.

Después de tres días de caminata intensa, la aplicación del corazón me marcó 27 mil pasos por jornada, era hora de marcharme. Por fortuna y gracias a unos tenis Jordan bastante cómodos no me salió ninguna ampolla. Vi San Francisco nada más por encima, sin embargo, puedo afirmar que desde esta visita se convirtió en mi ciudad gringa favorita. 📍

Fuente > Cortesía del autor